

San José de Calasanz



είδος
Piedad y letras

ειδος

Viceprovincia de Centroamérica y República Dominicana
Apartado Postal 318 -2050
San José, Costa Rica
Fax (506) 22402137

Impreso en los Talleres de la Ciudad Hogar Calasanz



San José de Calasanz: *testigo de Dios entre los niños y para los pobres*

Dios siempre se relaciona con nosotros a través de mediaciones humanas. Son los seres humanos los que nos muestran el rostro de Dios, los que nos hablan de una esperanza superior y de un amor más grande.

Hubo un hombre que fue para los niños y jóvenes pobres, presencia viva de Dios. Los encontró en las callejuelas de los barrios pobres de Roma, cuando ya moría el siglo XVI y fundó para ellos la Primera Escuela Popular Cristiana. Desde entonces les entregó toda su vida, queriéndoles hacer el bien por puro amor de Dios y no los cambió por nada del mundo.

Este hombre que fue para los niños y jóvenes una manifestación del amor de Dios, fue José de Calasanz.



Su vida

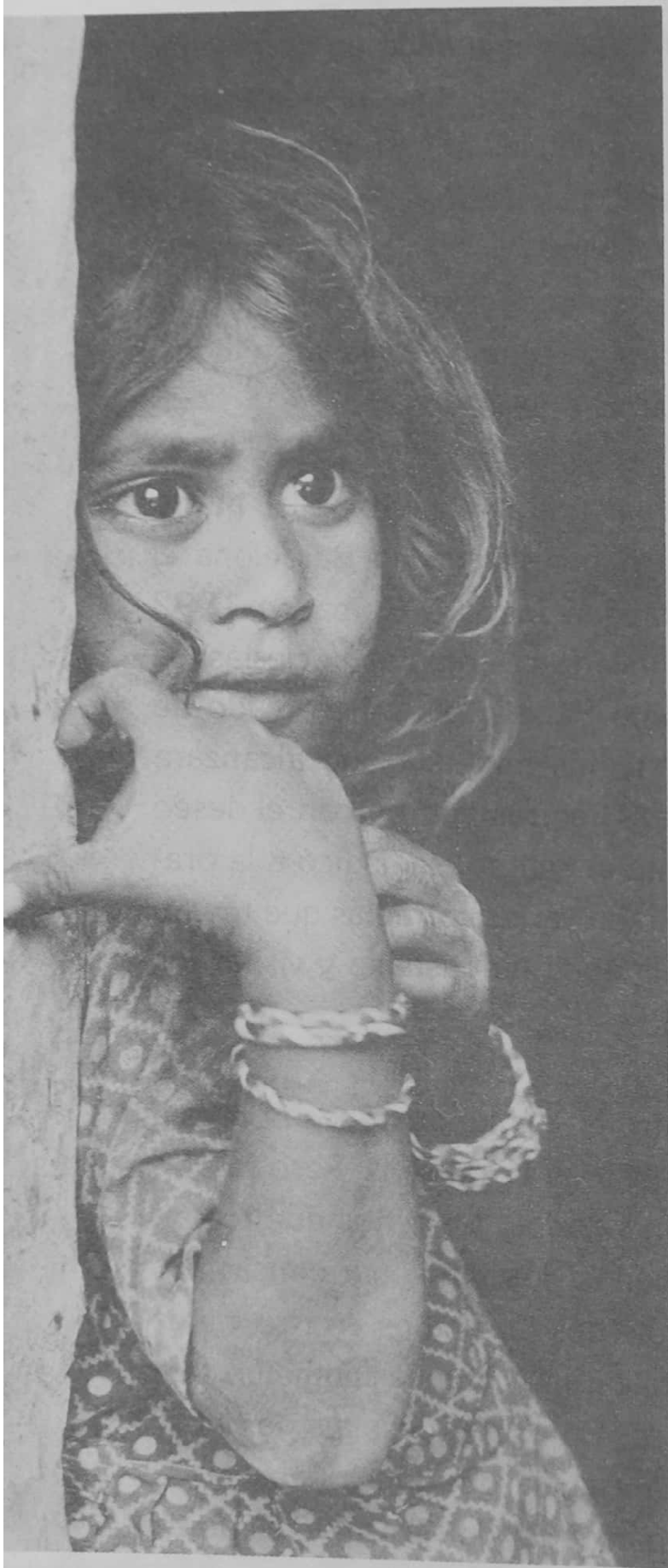
José de Calasanz nació en Peralta de la Sal, provincia de Huesca, España, en 1557. Estudió Teología y Derecho en las ciudades de Lérida, Valencia y Alcalá. El 17 de diciembre de 1583, a la edad de veintiséis años, José recibió el sacramento del Orden Sacerdotal.

Durante sus primeros años de sacerdocio estuvo al servicio de los Obispos de Barbastro, Lérida y Urgel. Estando a su servicio pretendió llevar adelante, con la gente sencilla, con el clero y con comunidades religiosas, la Reforma promovida por el Concilio de Trento. Pronto se dio cuenta de que las costumbres no eran las mejores,

había ignorancia, la gente estaba sumida en la miseria, el cristianismo se vivía como rutina y superstición y no pocos sacerdotes llevaban una vida acomodada y carente de entrega verdadera. Quizá sintió en estos tiempos una primera llamada a una vida más radical y a un servicio más decidido; pero las necesidades económicas de su familia y sus ambiciones personales, lo llevaron a buscar, más bien, un alto cargo eclesiástico.

Con el fin de conseguir una buena canonjía, partió para Roma, después de haber sacado en Barcelona el título de Doctor en Teología. Llegó a Roma en 1592 creyendo que sería fácil alcanzar la dignidad eclesiástica deseada; pero en la Santa Sede había tal mercado de intrigas, que pasaron muchos años sin que alcanzara Calasanz lo que deseaba. Mientras tanto y con el deseo de ocupar adecuadamente el tiempo, se dedicó a la oración intensa y se inscribió en varias cofradías que tenían como finalidad enseñar la doctrina cristiana y visitar los barrios pobres de Roma.

Con las cofradías entró en el mundo de los pobres y pronto, el dolor de ellos le tocó el corazón. Pero fueron los niños, los niños abandonados, los niños que tenían que trabajar desde pequeños, los niños sin educación, los niños agresivos y violentos, los niños con su niñez herida, los que le sembraron la profunda inquietud que transformaría su vida toda. En 1597, después de haber descubierto una pequeña escuela que funcionaba en la sacristía de una pobre parroquia del Trastévere, abrió



Calasanz la Primera Escuela Gratuita de Europa. Las Escuelas Pías, como él las llamó, se le fueron metiendo en el corazón, tanto, que cuando al fin le ofrecieron una gran canonjía en Sevilla, él respondió:

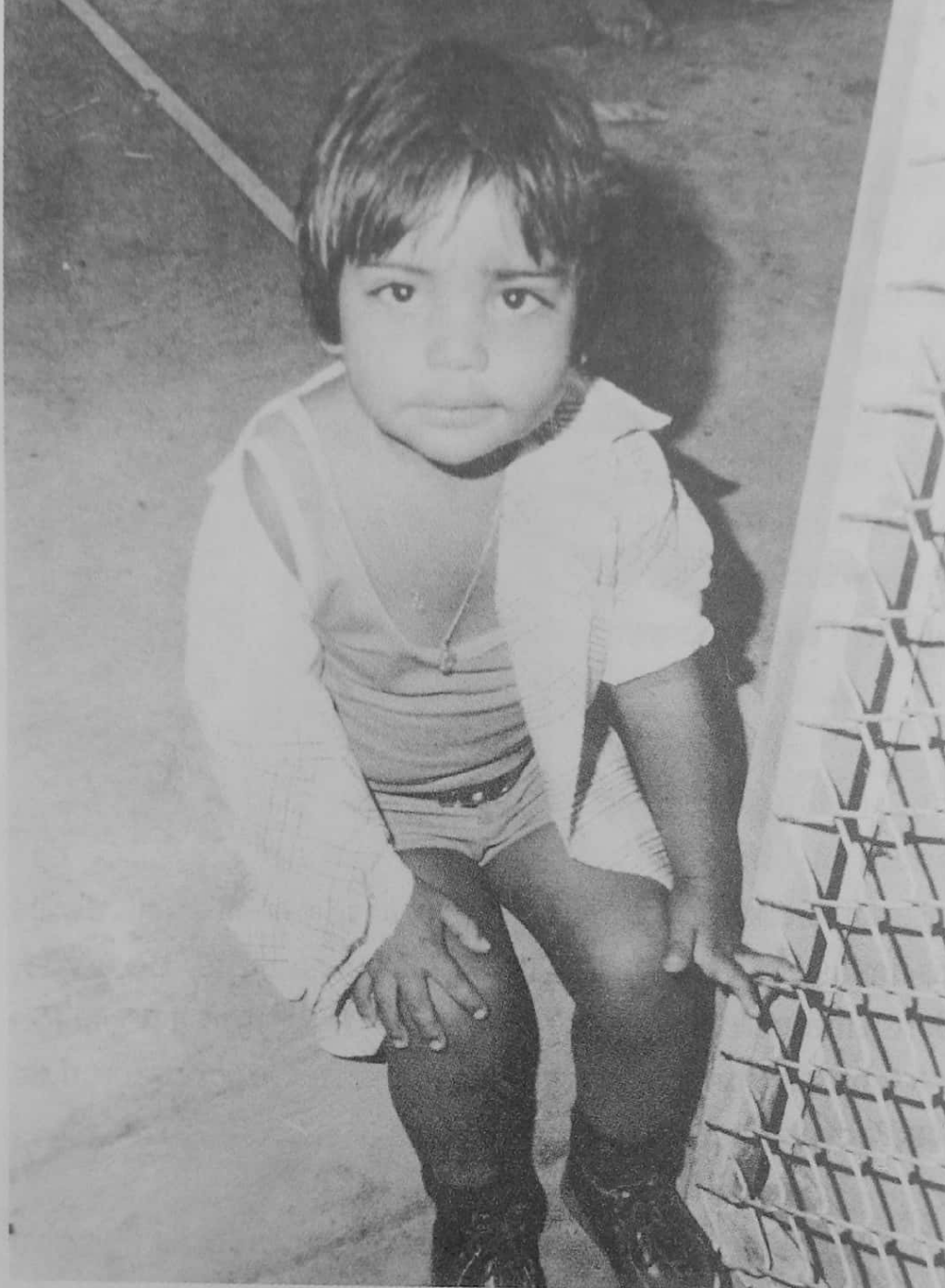
“En Roma he encontrado la manera definitiva de servir a Dios, haciendo el bien a los niños pobres, y no los dejaré por nada del mundo”.

Desde entonces, dedicó la segunda mitad de su vida a educar a los niños pobres de Roma y a fundar escuelas gratuitas en otros lugares de Europa. Antes de su muerte, había más de treinta y siete escuelas ca-



lasancias en Europa. Para asegurar la persistencia de las Escuelas Pías y para favorecer el surgimiento de verdaderos maestros que se entregaran con pasión y vocación a los niños, fundó Calasanz en 1617 la Congregación de los Padres Escolapios.

Fue perseguido por sus ideas renovadoras, por su deseo de educar a las clases marginadas y por causa de las divisiones internas que se dieron al interior de su propia comunidad religiosa. El mismo Papa Inocencio X, dictó medidas que tendían a la extinción total y definitiva de la Orden de las Escuelas Pías. Sus últimos años de vida los dedicó a la redacción de cartas que por una y otra parte abogaban por la persistencia de sus Escuelas Pías, y confirmaban a los escolapios en su misión, invitándolos a ser fieles hasta el final.



José de Calasanz, quien como religioso había elegido el nombre de José de la Madre de Dios, murió en la noche del 24 al 25 de agosto de 1648, siendo muy anciano, muy pobre, viendo su obra casi totalmente destruida, pero lleno de esperanza.

Esa esperanza fue la que sostuvo su obra y la que ha permitido que también tú seas educado en la Piedad y en las Letras.

Su personalidad

Calasanz fue un hombre de una personalidad llena de matices. Pasó por diferentes experiencias y cada una de ellas la vivió a fondo. ¿Quién fue, al fin de cuentas, Calasanz?

Un convertido:

Calasanz fue, ante todo, un convertido, un hombre que se dejó encontrar e interpelar por Dios. Acomodado en una vida de perfección personal y en sus ambiciones eclesiásticas, se dejó cambiar la vida por un Dios que lo inquietó a los cuarenta años, cuando la mayor parte de las personas ya tiene su vida totalmente definida. Dios le llegó en la oración, en los pobres, en los niños, en la peste que azotó a Roma, y Calasanz lo dejó llegar, lo dejó entrar en su vida y le permitió relativizar todo lo que hasta el momento era importante para él. Ante la irrupción de Dios en su vida, todo lo que para él era ganancia, se le volvió basura, con tal de ser fiel a ese Jesucristo que había descubierto entre los niños pobres y al cual ya no cambiaría por nada del mundo.

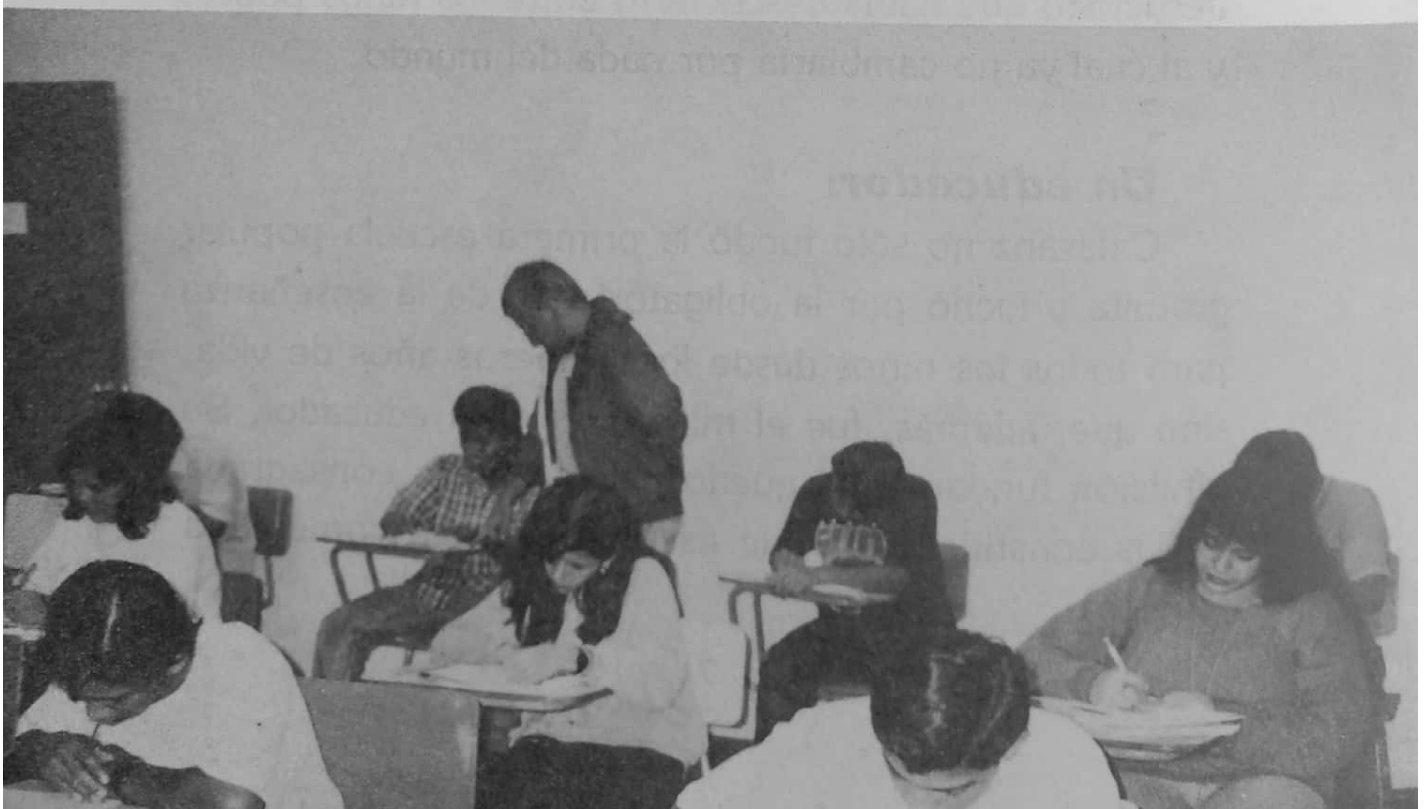
Un educador:

Calasanz no sólo fundó la primera escuela popular gratuita y luchó por la obligatoriedad de la enseñanza para todos los niños desde los primeros años de vida, sino que, además, fue él mismo un gran educador. Su intuición fundamental quedó para siempre consagrada en las constituciones que escribió para su comunidad religiosa:

“Sobre un punto queremos prevenir encarecidamente al Maestro: que interprete con fino discernimiento en cada joven su tendencia profunda a la orientación del Espíritu Santo...; por ese camino se esforzará en llevar a cada uno hasta la cumbre de la perfección”.

*(Constituciones de
San José de Calasanz, No. 23)*

Para Calasanz, toda persona está siendo guiada por el Espíritu Santo hacia una verdad que no es teórica, sino vital; hacia la identificación con la persona de Cristo. La labor del Maestro no es otra que colaborarle al Espíritu, guiando a cada alumno según la interna y profunda inclinación que hay dentro de él, para que cada día lleve más en su ser los rasgos de Cristo el Señor. Para lograr esto, decía Calasanz que había que aprovechar la luz de la ciencia humana y la luz de la fe cristiana, intuición que se concretó en su lema de “Piedad y Letras”.





Un religioso:

Descubrió que el Señor le pedía ser educador de niños pobres, pero también descubrió Calasanz que para poder educarlos tenía que hacerse pobre entre ellos, totalmente disponible para amarlos y fiel hasta el final a la voluntad de Dios sobre su vida. Así, a medida que fue arriesgando su vida entre los pobres, tres llamados surgieron con fuerza en su vida:

- el llamado de la POBREZA a compartir la existencia todo entre los más humildes, para él que había sido un sacerdote con buenas posibilidades económicas y deseoso de alcanzar dignidades eclesiásticas;
- el llamado de la CASTIDAD a entregarse totalmente con amor bien ordenado a los niños y jóvenes sin posesividad ni apegos;

- el llamado de la OBEDIENCIA a ser fiel únicamente a la voluntad de Dios como único criterio para guiar la vida.

Estos llamados lo llevaron a hacerse religioso y a fundar la Orden de los Padres Escolapios, dedicada con exclusividad a la educación cristiana de la juventud.

Un sacerdote:

Pero además, Calasanz fue un Sacerdote. Sacerdote consagrado a la reforma de la Iglesia en los primeros años de su ministerio y luego, cuando descubrió a los niños, un nuevo tipo de sacerdote que hizo de su vida ya no una entrega a la predicación o a la administración de los sacramentos, sino un anuncio vivo del Evangelio entre los pequeños y jóvenes. Su pueblo fue la juventud; su sacerdocio, como el de Cristo, no fue otro que fidelidad total a la voluntad de Dios y entrega misericordiosa por los demás; su sacrificio fue la entrega de sí mismo en la cruz de la actividad educativa y su labor sacramental no fue otra que abajarse para entregarle a los pequeños la riqueza y la alegría de la fe cristiana. Sacerdote de niños, Pastor de juventudes..., eso fue Calasanz.

Un Santo:

Cuentan que cuando Calasanz murió, un niño romano, de esos que él había educado, salió corriendo por las calles para gritar una noticia a la vez triste y alegre: "¡Ha muerto el Santo! ¡Ha muerto el Santo!". Fue Santo, es

verdad, pero no tanto por los milagros que hoy se le atribuyen, sino por el más grande milagro de todos: fue un hombre que hizo la voluntad de Dios. Al ritmo de la vida y de los compromisos, día a día Calasanz fue descubriendo nuevas maneras de ser fiel al Señor. Llevar una vida recta, ser sacerdote, colaborar en la reforma de la Iglesia, ir a Roma, visitar a los pobres, orar, hacer una escuelita para niños pobres, afianzar las escuelas, fundar una comunidad religiosa para servir a los niños y jóvenes, profesar suma pobreza, sostener su obra aún en los más duros momentos, una a una estas fueron las decisiones de Dios y una a una Calasanz las aceptó, las vivió y fue fiel. Por eso llegó a asemejarse tanto a Jesús en su entrega, en su paciencia sin límites, en su esperanza contra toda esperanza, en su humildad desnuda, en su pobreza total. Llevado por Dios, fue adquiriendo poco a poco el rostro de Cristo, por eso fue Santo y porque fue Santo, ha perdurado su obra y su vida sigue siendo luminosa para todos los que, como él, queremos ser fieles al Señor.

Un hombre:

Pero, ante todo, Calasanz fue un hombre. Su vida, como la nuestra, estuvo llena de realidades profundamente humanas. Conoció la ambición y también la pobreza; quiso ser perfecto por su propio esfuerzo y terminó dejándose llevar por Dios; fue a buscar la dicha en los altos cargos de Roma y encontró la verdadera felicidad y bienaventuranza en la cruz del Señor; amó intensamente y conoció la radical soledad de quien sigue a Cristo;



quiso asegurar su vida con una dignidad eclesiástica para vivir desahogadamente y, sin embargo, vivió la mitad de su vida entre los pobres y murió anciano y aparentemente fracasado. No, no fue un héroe ahistórico. Fue un hombre, con pasiones como los hombres y con santidad como Jesucristo, el Hombre. Sólo un Hombre, un Hombre feliz, un Hombre lleno de Amor, un Hombre de los niños, un Hombre de Dios.

Su obra

Un hombre es también su Obra, por eso, para conocer a Calasanz, es necesario mirar cuál fue su obra y cómo la entendió él.

La obra de Calasanz no fue clara desde el principio. Más bien habría que decir que poco a poco, al ritmo de la vida, fue entendiendo con claridad cuál era el quehacer que Dios quería para él. En un primer momento creyó que su labor sería la Reforma de la Iglesia. Más tarde, ya en Roma, descubrió que para la reforma de las torcidas costumbres de la sociedad, era necesaria la educación de la niñez, fundamentalmente de la más pobre. Luego descubrió que un trabajo tan serio sólo podía ser realizado mediante una entrega total y absoluta de la vida, y resolvió, por tanto, hacerse religioso y fundar una Orden consagrada definitivamente a la educación de los niños y jóvenes, especialmente de los más marginados.

De este modo, paso a paso, intuyendo lo que Dios le pedía en cada momento, Calasanz fue descubriendo su obra: la educación de la juventud como ministerio fundamental de la Orden religiosa que él fundó.

Así describía Calasanz su obra:

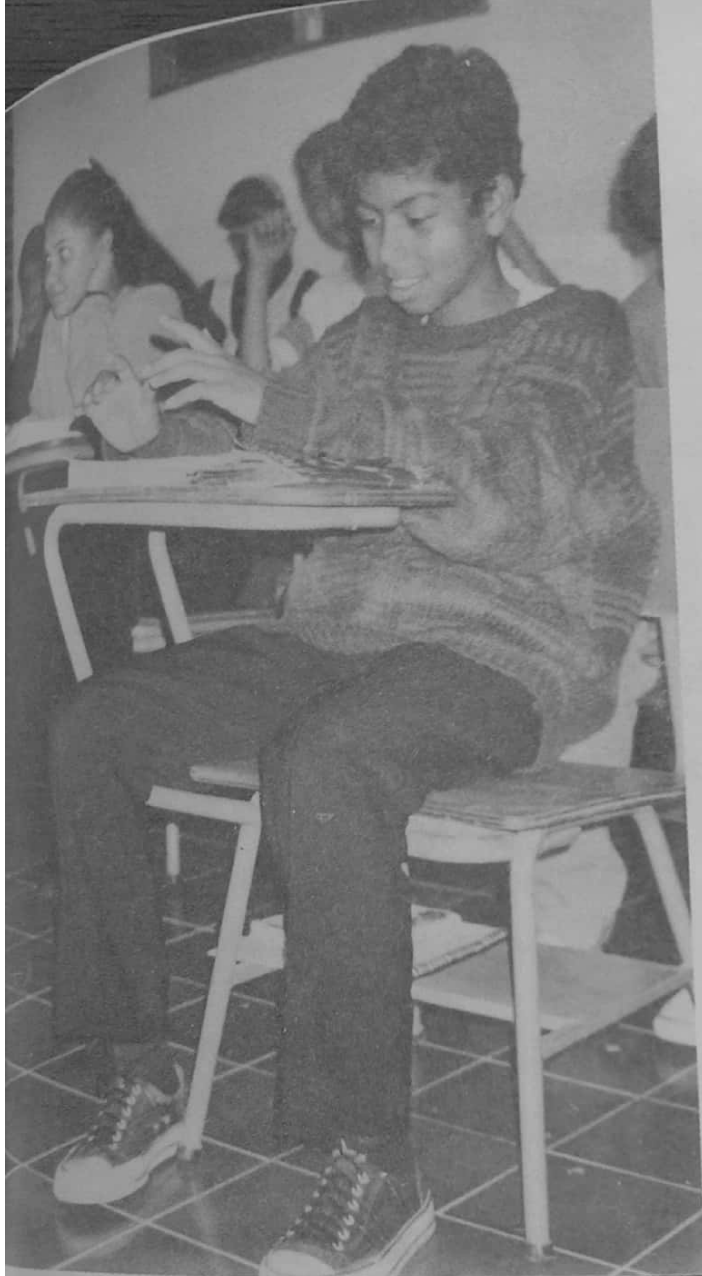
- Mi obra no es mía, es iniciativa y acción de Dios, pues es el Señor quien para ayuda de su Iglesia, en diversos momentos inspira esta multiplici-

dad de servicios, para las necesidades de sus hijos. (cfr. Memorial al Cardenal Tonti, No. 18)

- Tal obra consiste en la dedicación total a la buena educación de la juventud, porque la reforma de la Sociedad Cristiana radica en la diligente práctica de tal misión. Pues si desde los más tiernos años el niño es imbuido diligentemente en la Piedad y en las Letras, ha de preverse, con fundamento, un feliz transcurso de su vida entera. Es, por tanto, cometido de las Escuelas Pías, enseñar a los niños, desde los primeros rudimentos, la lectura correcta, escritura, cálculo y latín, pero, sobre todo, la piedad y la doctrina cristiana; y realizar esto con la mayor habilidad posible. (cfr. Constituciones de San José de Calasanz, Nos. 2 y 5)

- Esta labor educativa es imprescindible para la Iglesia y para el mundo, ya que el apostolado de la educación es en verdad el más digno, el más noble, el más meritorio, el más beneficioso, el más útil, el más necesario, el más enraizado en nuestra naturaleza, el más conforme a la razón, el más de agradecer, el más agradable y el más glorioso.

Es una labor necesarísima y sollicitadísima, porque cura, preserva y rescata las almas; es para ciudades y personas preferentemente pequeñas y pobres y muy necesitadas de asistencia, y por-



que desde los primeros años ayuda a bien vivir, de donde depende el buen morir, la paz y sosiego de los pueblos, el buen gobierno de las ciudades y la reforma de toda la cristiandad. (cfr. Memorial al Cardenal Tonti, No. 6 y 26).

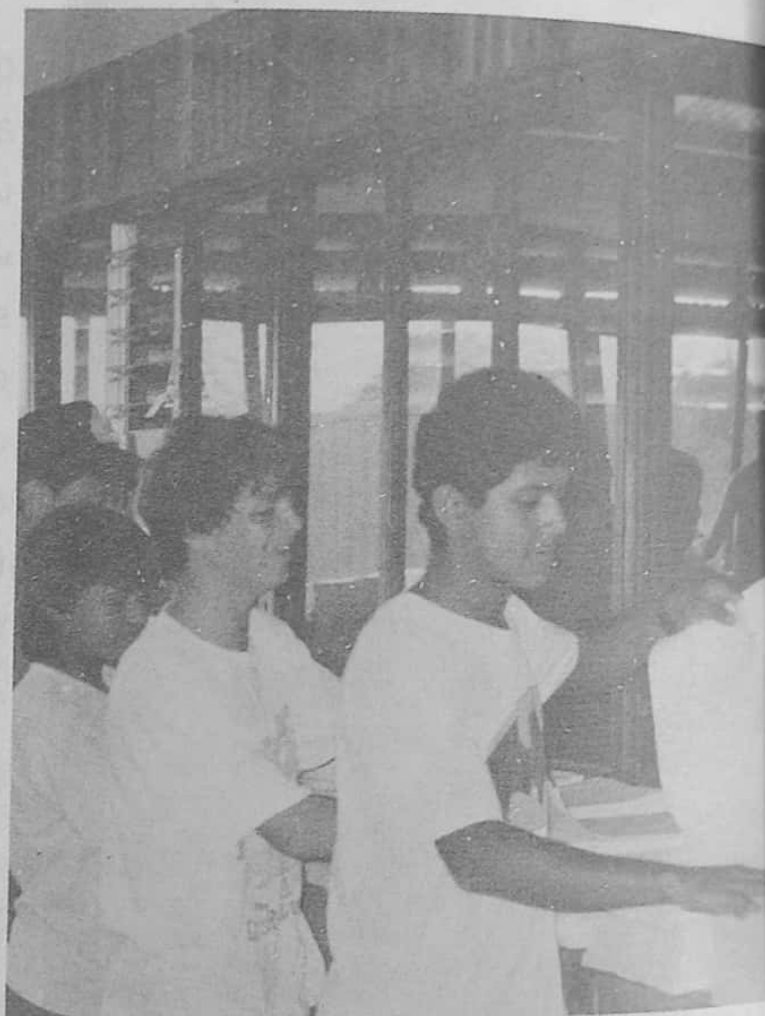
- Y está destinada ante todo para los más pequeños y pobres, pues ya que nos profesamos auténticos Pobres de la Madre de

Dios, en ninguna circunstancia tendremos en menos a los niños pobres; sino que con tenaz paciencia y cariño nos empeñaremos en dotarlos de toda cualidad, estimulados principalmente por aquella Palabra del Señor: "Lo que hicieron con un hermano mío de esos más humildes, conmigo lo hicieron". (cfr. Constituciones de San José de Calasanz, No. 4)

Así entendió Calasanz su obra, o mejor dicho, la obra que Dios hizo con él. A eso le entregó la vida entera. Siendo ya ancianito todavía iba a las escuelas

para tomarle la lección a los niños e incluso para barrer las aulas.

Sin duda los niños y las escuelitas llenaron totalmente su corazón. Por eso, a pesar de morir cuando todo estaba destruido, se fue con una gran esperanza en Dios, pues la obra que había hecho, la había hecho sólo por su Amor.



“Mientras yo tenga aliento, no perderé el deseo de ayudar a las Escuelas, con esperanza de volverlas a ver aseguradas, fundándome en aquellas palabras de un profeta: “quédense quietos, y verán la salvación del Señor, que vendrá sobre ustedes”. (Carta de Calasanz, año 1645).

Con esa esperanza se marchó y fue esa esperanza la que hizo posible que todo renaciera y que las Escuelas Pías no desaparecieran definitivamente.

Esa misma esperanza es la que permite que también hoy como ayer, Jesucristo sea anunciado entre tizas, tableros y alegrías juveniles, en esta nuestra patria, con éste nuestro pueblo, y a tí, a tí que eres nuestro amigo.

Hoy como ayer,
calla quien no tiene voz,
aquel a quien nadie enseñó
a decir su palabra.

Hoy como ayer,
quien sabe podrá dominar
y el pobre tendrá que bajar
otra vez la mirada.

Calasanz nos enseñó cómo hacer realidad un mañana de esperanza, una nueva humanidad, despertando la razón, la conciencia y dignidad, educando al hombre nuevo en amor y libertad. Calasanz nos enseñó cómo hacer realidad un mañana de esperanza, una nueva humanidad, ayudando a descubrir que Jesús de Nazaret, sigue vivo y su camino juntos hay que recorrer.

Mira y verás,
hay niños que nunca sabrán
que tienen derecho a reír
y a jugar en la plaza.

Mira y verás,
que muchos explotan sin fin
la fuerza de la juventud
para hacer su ganancia.

Piedad

y

letras